

EL RUNRÚN
Joana Bonet



Efectos secundarios

El mundo exterior era duro, im- placable con los débiles, no cumplía nunca sus promesas, y el amor seguía siendo lo único en lo que todavía se podía, quizá, tener fe”. Lo afirma Michel Houellebecq a través del protagonista de su última novela, porque sus voces a menudo se solapan. Bien se ha cuidado el escritor de alimentar la ambigüedad de sus identidades literarias; incluso aparecía con su nombre de pila en el centro de la trama de *El mapa y el territorio*. Sus libros, a pesar de la derrota, son adictivos y siempre polémicos, escritos con un poderoso embrague. Amoral, cínico, deslavazado, neurótico, machista, alcohólico, guarro, fumador compulsivo, reaccionario, poseído por un desencanto que tumba todas las fichas del tablero de la vida. Un jaque mate existencial. En el caso de *Serotonina* (Anagrama), incide en los efectos secundarios de los antidepresivos que barren la testosterona e inhiben la libido, y aunque al ingeniero agrónomo Florent-Claude le permitan ducharse cada día, comprar la comida y tenerse en pie, entierran su vida sexual.

Acostumbramos a medir mal los efec-

tos secundarios. De las relaciones tóxicas y de las medicaciones prolongadas. De las ingestas de comida y alcohol o de las salidas equivocadas en las rotondas, de los viajes exóticos y de los tacones de diez centímetros. Del bótox o la viagra. Vivimos enmarañados en un cableado invisible de efectos secundarios que ensombrecen el placer. Se esconden en la letra pequeña de los prospectos, esos que el propio médico te dice que mejor no leas si eres aprensiva. Pero también se esconden bajo las zapatillas deportivas de los

Vivimos enmarañados en un cableado invisible de efectos secundarios que ensombrecen el placer

runners cuarentones, desgastando sus fémures; o en los colchones demasiado blandos de los hoteles con encanto. Los vecinos demasiado simpáticos, los hombres misteriosos, los compañeros adula- dores y las mujeres con mucho colorete –alertaba Wilde– implican un ramillete de efectos secundarios que puedes lamentar toda tu vida.

Houellebecq invoca el amor como salvación frente a la derrota, un amor romántico, que para mantenerse en el tiempo debe calibrar las consecuencias de la palabra misma. “La vocación de la palabra no es crear el amor, sino la división y el odio. La palabra separa a medida que se formula, mientras que un informe parlo- teo amoroso, semilingüístico, hablar a tu mujer o a tu hombre como se hablaría a un perro, genera las condiciones de un amor incondicional y duradero”, escribe. Y una, que siempre ha sobrevalorado la palabra y se ha esforzado en mantenerla, piensa en aquellas parejas que se hablan sin despegar los labios, *gordis* o *peques* que se fiestan igual que niños y no necesitan grandes relatos para seguir tomando juntos el café de la tarde acompañando su soledad sin efectos secundarios.